

Discurso del profesor Jesús González Pérez,  
con motivo de la presentación del libro homenaje al profesor Allan R. Brewer-Carías,

**EL DERECHO PÚBLICO A COMIENZOS DEL  
SIGLO XXI. ESTUDIOS EN HOMENAJE AL  
PROFESOR ALLAN R. BREWER-CARÍAS**  
(**Coordinadores: Alfredo Arismendi y Jesús Caballero  
Ortiz**), Instituto de Derecho Público, Universidad Central  
de Venezuela, Civitas Ediciones S.L. Madrid, 2003

Queridos amigos:

Hace ya muchos años, vivía un matrimonio ejemplar al que Dios había dado una gran vocación de paternidad; pero le había negado la gracia de tener hijos. Pero escribían libros. Bueno, los firmaba él; pero todos sabíamos que ella era muy eficaz colaboradora. Y los amigos, en broma, decíamos: ya que no tienen hijos, tienen libros. Me refiero a un matrimonio que solo recordarán los de mi generación. Por lo que, aparte de Eduardo García de Enterría, muy pocos más de los que estáis hoy aquí –si hay alguno- les recordará. Se trataba de Eugenio Pérez Botija y María Palancar.

En una de aquellas ocasiones en que había aparecido un libro de Pérez Botija, estaban reunidos en el bar de las Cortes un grupo de amigos comunes. Tenían en la mesa un ejemplar del libro –un Tratado de Derecho del trabajo encuadernado en una primorosa tela de color “vino de Burdeos” o bordeaux, como diría un amigo nuestro argentino-, y hablaban de lo que siempre se hablaba en estas ocasiones, del nuevo hijo-libro del matrimonio. Y cuando estaban en estos comentarios –su hijo-libro- entraron Eugenio y María. He de recordar que él, además de Catedrático de Derecho del trabajo era Letrado de aquella casa, Letrado de las Cortes. Y uno de los que estaban en la mesa, otro entrañable amigo desaparecido, Juan Ignacio Tena Ybarra –Juanchin para los amigos- tomó el ejemplar del libro que había en la mesa y acercándose a los recién llegados, mostrándoles el libro, les dijo: ¡es precioso, es monísimo!. Y Eugenio y María se pusieron muy contentos.

Pues bien, el libro que hoy presentamos nada tiene que envidiar a aquél, encuadernado en tela bordeaux. Mejor dicho: aquél tendría que envidiar mucho a éste, por su aspecto y peso. ¿No os habéis dado cuenta de que cuando un hombre comunica a sus amigos el nacimiento de un hijo, y éste es hermoso, lo primero que dice orgulloso es lo que ha pesado al nacer?. Dicen: ¡¡pesó tres kilos y trescientos veinte gramos!! Y se les hincha el pecho.

Este libro que tengo delante pesa... ¡¡no sé cuanto llegará a pesar!!; pero es que nos han salido tres mellizos. Lo que pone de manifiesto que no es mala la paternidad compartida. Compartida porque éramos muchos los que queríamos dejar constancia de nuestra admiración y afecto a uno de los más universales hombres de Derecho de lengua española. Iba a decir “administrativista”; pero no se puede catalogar al Prof. Brewer-Carias en una determinada categoría de “juristas”. Y ni siquiera es correcto catalogarle solo entre los “juristas”. Porque es mucho más. Me he enterado al hojear el nuevo libro y encontrar un trabajo de la Profesora Dolores Aguerrevere, en el que nos dice que Brewer no solo es jurista, sino también –cito literalmente- “historiador apasionado y hasta urbanista y arquitecto”. Si hemos de creer a la Prof. Aguerrevere llegaremos a la conclusión de que Brewer ha sido para Caracas lo que Carlos III fue para Madrid.

Randy, serás apasionado historiador, insigne urbanista y gran arquitecto. Pero los que hemos escrito este libro –al menos en su mayor parte- somos hombres dedicados al Derecho. Por eso es un libro de Derecho, de tus amigos los juristas. Un Liber amicorum del que podrás decir que no están todos los que son; pero sí son todos los que están. Porque eran muchos más los que quisieron participar, pero –como sabeis perfectamente los que habeis intervenido en un libro de homenaje- llega un momento que, por mucho que se insista en una prórroga más del plazo inicial, hay que decir basta, dejando fuera trabajos que llegaron fuera de plazo.

Os decía que era un libro en el que queríamos dejar constancia de nuestro reconocimiento por uno de nuestros juristas más universales. Y la verdad es que el Prof. Brewer-Carias lo fue muy pronto. Nada menos que a los 25 años fue Ponente General en el Congreso Internacional de Derecho comparado celebrado en agosto de 1966 en la Facultad de Derecho de la Universidad de Uppsala.

Los hechos ocurrieron así. Naturalmente, Randy no fue el jurista que la Academia Internacional de Derecho comparado había elegido para ser Ponente General. Pues siempre designa a juristas de prestigio, ya consagrados y conocidos internacionalmente en el mundo del Derecho. La Academia había designado al Prof. Roberto Goldschmidt, mercantilista, hermano del Goldschmidt procesalista que vivió en España varios años, universalmente conocido. Por la razón que fuera no pudo asumir el encargo y pensó en que Randy podía sustituirle dignamente, pese a su juventud –entonces tendría 24 años-, al que le unía una estrecha amistad y conocía perfectamente por su trato diario en la Facultad de Caracas. Aunque Randy entonces todavía se movía especialmente en el mundo del Derecho administrativo, la ilusión por ser Ponente General y la confianza en sí mismo le llevó a aceptar la sustitución. Sustitución que Goldschmidt comunicó a la Academia Internacional, cuidando muy mucho de ocultar su edad y destacando los méritos que concurrían en él. Porque Randy a esa edad ya era profesor por concurso, había sido Consultor adjunto del Ministerio de Justicia, era Controlador Delegado de la Controlaría General de la República, y tenía más de 40 publicaciones, entre ellas 5 libros. ¡¡5 libros y otras 35 publicaciones a los 24 años!!.

Randy se puso a trabajar como él sabe hacerlo en la ponencia sobre Derecho mercantil. La envió con la antelación suficiente. Y llegó el día de comparecer en la Secretaría del Congreso a retirar la acreditación y esos papelitos que te dan siempre en los Congresos, con la etiqueta que debes ponerte en la solapa de la chaqueta. Supongo que le recibiría una de esas azafatas que utilizan las multinacionales y los Congresos importantes, que son trilingües y parecen modelos de las pasarelas de moda. Cuando Randy le pidió la documentación del Prof. Brewer-Carias, al ver la azafata al jovencito que tenía delante, con toda la naturaleza preguntó: ¿Es Vd. el Ayudante del Prof. Brewer-Carias? (su cabeza no podía imaginar otra cosa). Randy contestó: No, yo soy el Profesor Brewer-Carias. Supongo que vosotros estais suponiendo lo que yo supuse cuando me contaron la historia: que aquella preciosidad sueca quedaría prendada de nuestro gran amigo y, desde aquel momento, sería una conquista más que añadir a su larga lista de admiradoras, que luego fue incrementando a lo largo de su vida.

Y allí, en Uppsala, empezó la intensa vida de congresista internacional de Allan R. Brewer-Carias. A una velocidad vertiginosa fue creciendo y llegó un momento en que no había Congresos, en América y fuera de América, de Derecho público o privado, en que no estuviera presente. Y si no lo estaba es porque no le apetecía asistir. Haciéndose célebre su pipa y su bigote. Recuerdo que hace años, en un Congreso de Derecho procesal, preguntaron a Devis Echandía, otro amigo desaparecido (¡cuántos se han ido!), quién era el Profesor González Pérez, a lo que el bueno de Hernando contestó: “Joven, si Vd. ve un gran puro (entonces yo todavía fumaba) seguido de una generosa nariz, el narigón que hay detrás, ése es el Profesor González Pérez”. Pues bien, si algún jovencito (y muy jovencito, porque si no sería absurda la pregunta) se hubiese dirigido a Devis en demanda de quién era el Prof. Brewer, seguro que habría contestado: “Joven, si Vd. ve una pipa, seguida de un bigote muy británico (de esos que llevaban los Coroneles de aquellos Regimientos de Lanceros bengalíes), el gentleman que hay detrás, ese es el Prof. Brewer”.

Por el currículum vitae (y ¡qué vitae!) que figura en las páginas 3464 a 3383 del libro que hoy presentamos (81 apretadas páginas de currículum) podeis comprobar lo pronto que empezó nuestro amigo a producir, y, por tanto, lo muy pronto que tuvo que empezar la preparación para alcanzar a una edad tan joven la madurez. Por Castilla se dice que todo hijo trae un pan bajo el brazo (lo que entonces era verdad); pues bien, Randy lo que traería bajo el brazo sería un Código, destacando muy niño en el Colegio, como inteligente y estudioso. Pero no puedo concebir que fuera lo que aquí llamamos un “repelente niño Vicente”. Pues el estudio no le impediría disfrutar de los juegos y travesuras de los niños, sabiendo disfrutar de las cosas buenas que ha puesto Dios en nuestras vidas. Como ha demostrado después en su madurez. Me consta cómo sabe saborear buen whisky escocés, un buen ron venezolano o un buen tinto de Ribera del Duero.

Pese a su enorme capacidad de trabajo –trabajador incansable, dice Beatriz-, pese a aprovechar al máximo el tiempo, hasta esos ínfimos ratos sueltos que por lo general se desprecian –es, como decía Marañón de sí mismo, un traperero del tiempo-, resulta inexplicable su prodigiosa producción de la más alta calidad. Un día le pregunté cómo era

posible que, entre tantas ocupaciones –universitarias, profesionales, sociales... hasta políticas- podía publicar tanto. La respuesta fue inmediata: por la capacidad de abstracción. “Puedo leer y escribir en cualquier parte, me dijo: en la antesala de una consulta médica, en las esperas a los comensales en un restaurante, en las salas de espera de los aeropuertos, en los aviones, que considero un lugar ideal para escribir, por lo que dejo deliberadamente algún asunto complicado en espera de un viaje próximo...”. Me le imagino como a uno de esos ejecutivos que, nada más ocupar su asiento en el avión se apresuran a abrir sus portafolios y a sacar papeles y papeles que manejan con febril actividad. Pero con una diferencia: mientras que en esos ejecutivos es una pose para poner de manifiesto su vitalidad y “agresividad”, en Randy es trabajo reposado y eficaz, y en modo alguno postura para la galería.

Esta abstracción le ha permitido en su casa trabajar incesantemente, sin que fueran obstáculo los chillidos de los niños cuando jugaban invadiendo su biblioteca o veían la televisión con los decibelios que suelen exigir los niños. No existía ningún lugar de la cosa sagrado e inmune.

Se dice que estando una noche trabajando en su biblioteca, en aquella biblioteca de la casa –de aquella casa que tenía antes de trasladarse al apartamento actual y que la mayoría de vosotros conocisteis-, en aquella enorme biblioteca de dos niveles con pasarela donde ha escrito buena parte de sus obras, cayó en Caracas un descomunal aguacero –un “palo de agua”, como creo se dice allí-, de tal magnitud, que por alguna razón propia de la hidráulica –inexplicable para los profanos- el agua comenzó a escurrir por el techo a lo largo de la única pared no ocupada por libros, anegándolo todo. La conmoción que produjo fue enorme. Beatriz, su hija, las muchachas de servicio, todo ser humano que se encontraba en la casa corrían con pailas y paños, entrando y saliendo de la biblioteca, atajando y sacando el agua. Randy, en medio de esta barahunda, imperturbable, como si no pasara nada a su alrededor, seguía trabajando. Y siguió trabajando una vez achicada el agua, como si nada hubiera pasado.

La primera vez que me lo contaron, la verdad, no lo creí. Estaba convencido de que era una de esas fábulas que rodean a los grandes sabios distraídos. Pero al cabo del tiempo, después de oírlo en distintas fuentes, fui creyendo que podía ser verdad. Y ahora, que estoy viendo a Beatriz frente a mí haciendo firmes gestos afirmativos con la cabeza, las dudas que podían quedarme sobre su veracidad han quedado completamente disipadas.

Bueno, y todo esto con la pluma, escribiendo a mano, jamás con bolígrafo o con lápiz, porque siempre dijo que con estos instrumentos no se puede escribir diez o quince horas seguidas, ya que el dolor de la mano o del brazo lo impediría. Hasta que no hace mucho hizo un gran descubrimiento: unos rotuladores que escriben con más suavidad que la pluma fuente de tinta. Sabiendo que yo soy otro amanuense, me mostró orgulloso –y me regaló- dos de estos rotuladores, uno azul y otro rojo, que yo acepté agradecido. Pero, Randy, siento desilusionarte: al llegar a casa comprobé que unos rotuladores que yo había descubierto eran mejor que los tuyos, porque escribiendo con la misma suavidad (no sé si

con ellos es posible escribir quince horas seguidas, porque nunca he logrado esa marca) tienen la punta más fina que los tuyos, que la tienen un poco fofa. Yo pensaba traerte un par de mis rotuladores para que pudieras comprobar la calidad. Pero recordé que desde hace poco más de un año dejaste de ser amanuense y, por tanto, la necesidad de cansar continuamente a dos o tres secretarias transcribiendo tus manuscritos claros y sus abreviaturas, y, consiguientemente, definitivas. No sé si por la influencia de la técnica USA o porque el coste de las secretarias neoyorquinas es muy superior a las de Caracas, lo cierto es que preparando una segunda edición de tu libro La ciudad ordenada (que creo es uno de tus libros más queridos) descubriste la procesadora de palabra, descubrimiento que te hizo abandonar la pluma o el rotulador.

Y, como dice tu buen amigo el Padre José del Rey Fajardo, S.J. –que creo está entre nosotros- ¡¡gracias a Dios que has entrado bien tardíamente en el manejo de esta tecnología, porque si escribiendo a mano has publicado lo que has publicado en estos 40 años, es inimaginable lo que hubiera ocurrido con las máquinas desde hace años!!. Pues bien, imaginad por un momento lo que ocurrirá en el futuro. Porque a Randy le queda mucha vida de producción por delante. Afortunadamente a mí me queda bastante menos, por lo que todavía espero que, con un poco de suerte, agrandando algo la biblioteca, podré dar acogida a su futura producción. Pero los que sois tan jóvenes como él, preparaos a adquirir nuevos espacios.

Pero, Randy, por favor, con procesadora de palabra o con cualquier otro ingenio satánico que descubra la técnica, escribe libros, libros en los que se pueda subrayar y escribir notas en los márgenes, y tachar... No te pases a esos discos que obligan a tener una pantallita y un teclado y no sé cuántos instrumentos más para luego tener que hacer posturas raras para leer en la pantalla, acabando con tortícolis. Randy, ¡¡libros!!.

Y voy a terminar, porque ya he rebasado el tiempo prudencial. Voy a terminar dejando constancia de tres sentimientos:

Primero. Como amigo, que estoy muy contento de comprobar cuánto se te quiere y admira. Si solo de tus amigos juristas han salido estos tres tomitos de homenaje, ¡¡figúrate cuando al homenaje de los juristas se añada el de los colegas de esos otros campos que dominas, según el testimonio de la Prof. Aguerrevere.

Segundo. Como hombre dedicado al Derecho, el reconocimiento, porque gracias a tu poder de convocatoria, se han podido reunir en este libro tantos y tan buenos trabajos, que tanto van a significar en la Ciencia jurídica.

Tercero. Y como miembro del Consejo editorial de Cívitas, nuestro agradecimiento por haber elegido esta editorial para dar a la luz esta excelente obra.

Mi enhorabuena, mi felicitación y mi agradecimiento a todos por acompañarnos a este acto.

